

Miedo

Jeff Abbott

Traducción de David Luque Cantos



Libros publicados de Jeff Abbott

1. Pánico
2. Miedo

Título original: *Fear*

Primera edición

© Jeff Abbott, 2006

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-649-0 Depósito legal: B-7-2011

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

«Pues cúrala. ¿No puedes
tratar un alma enferma, arrancar
de la memoria un dolor arraigado,
borrar una angustia grabada en la mente
y, con un dulce antídoto que haga olvidar,
extraer lo que ahoga su pecho y le oprime el corazón?»

—William Shakespeare, *Macbeth*, acto v, escena III

«Dime, si puedes, qué es la fortaleza.»

—Platón

«Maté a mi mejor amigo.»

Miles se quedó mirando embobado los caracteres negros sobre las rectas líneas del papel de color blanco. Era la primera vez que escribía la verdad. Soltó el bolígrafo encima del cuaderno.

«No quería matarlo, no era mi intención hacerlo. Pero lo hice.»

—Desnudar tu alma no solucionará nada. —Andy estaba sentado en el borde de la mesa de la cocina observándolo mientras escribía—. Te odiará sin más.

—No, no me odiará —replicó Miles.

Andy se encendió un cigarrillo y exhaló una nube de humo gris que sobrevoló la confesión. Miles siguió escribiendo.

—Le has mentido a Allison durante semanas...

—Mentir es una palabra un poco fuerte.

—No tan fuerte como asesinato. Contarle lo que hiciste no te hará mejor persona.

Contempló la danza del humo que salía de la punta del cigarrillo.

—Cállate. —Miles terminó de escribir su confesión. Andy deambuló por la cocina hasta pararse en el frigorífico, husmear un poco entre su contenido y sacar una tempranera cerveza.

—Los curas dicen que la confesión es buena para el alma, pero esta idea me parece excepcionalmente mala. Incluso para tu alma. Teníamos un trato, Miles.

—Esto no te concierne. —Miles firmó al final de la página con su nombre, el real, Miles Kendrick. Allison desconocía su verdadera identidad.

—Me afecta si le dices lo que pasó, y mucho. —Andy dio un golpe en la mesa con la palma de la mano—. Déjame leer lo que has escrito. —Miles le deslizó el papel por la mesa. Acto seguido se sirvió una taza de café solo de la cafetera que descansaba en la encimera de la cocina. Normalmente se tomaba una taza nada más levantarse, pero esta mañana prefirió escribir la confesión antes de perder la calma.

Fue entonces al baño para echarse agua fresca en la cara. Se miró en el espejo.

Yo antes era alguien, pensó, antes era yo, un tipo normal, un americano cualquiera con su casa, su negocio y su vida; ahora ya no sé quién soy. Mi viejo yo murió, el nuevo no quiere nacer.

—¡Mentiras! —gritó Andy desde la cocina.

Miles se secó la cara y regresó a la cocina.

—Es la verdad.

Andy le dio un manotazo al papel donde estaba escrita la confesión.

—Es la verdad según lo que recuerdas, no lo que realmente sucedió.

—Eso es todo lo que recuerdo.

—No salvaste a los policías.

—Sabes que sí.

—Y tengo bien presente el alto precio que pagué por que lo hicieras, Miles.

Miles se acercó a Andy por detrás, cogió el papel, lo dobló y lo metió en un sobre.

—Tengo que ser honesto con ella.

—Estás rompiendo nuestro trato.

—El único trato que tenemos está en tu cabeza. He de irme. No quiero encontrarte aquí cuando vuelva.

—No quiero ponerme de malas, Miles —dijo Andy—, pero si le das esa confesión, te mato.

Miles se detuvo junto a la puerta del apartamento. Se enfundó la chaqueta en un solo movimiento y se guardó el papel en uno de los bolsillos.

—Lo haré, Miles. —La voz de Andy era baja y le hizo cosquillas a Miles en la piel, como si un cubito de hielo le hubiera rozado las costillas—. Te meteré una pistola en la boca, apretaré el gatillo, saldará las cuentas. —Andy se paseaba dando cortas zancadas sobre el suelo de la cocina, con los brazos cruzados, mirándolo amenazante.

—Adelante, inténtalo.

Miles cerró la puerta a su espalda y se apoyó contra ella antes de bajar apresuradamente los escalones, dejando atrás el reconfortante aroma a canela de la panadería situada en la planta baja de su edificio. Se detuvo justo en la puerta principal del bloque de viviendas, sacó la cabeza y miró a izquierda y derecha, atento a cada coche y peatón que cruzara por la estrecha calle.

Nadie lo esperaba para matarlo. No había ningún coche lleno de asesinos que lo abatirían en cuanto diera cinco pasos por la acera. Empezó la marcha camino del despacho de Allison. Ya no conducía, por miedo a que los Barrada lo encontraran y le pusieran una bomba lapa debajo del coche. Habían hecho estallar por los aires a las dos últimas personas que testificaron contra ellos; piezas de motor, cristales y carne esparcida por una carretera de Hialeah y en los aparcamientos de unas oficinas cerca de Miami. El centro de Santa Fe, donde ahora trabajaba y vivía, era una zona fácil de recorrer a pie. Se trataba de una ciudad mucho más pequeña y tranquila que Miami, con su constante sonsoneo de bocinas y motores. Cruzó la plaza en el corazón de la ciudad vieja, donde los nativos americanos despleaban sus mantas negras en el suelo, ostentando turquesas y joyas de plata. Se dirigió a la avenida Palace y se cruzó con una joven y preciosa madre que empujaba un carrito con dos bebés gemelas, tapadas con sendas mantas rosas; con los turistas, que hacían la ruta arquitectónica; y con los corredores, que exhalaban vapor gris a la fresca mañana. *Salir a correr*, pensó Miles, *debería salir a correr*. Un poco de ejercicio podría curar la putrefacción de su interior.

Miró un par de veces atrás para ver si Andy lo estaba siguiendo. No había rastro de él, aunque no tardaría mucho en alcanzarlo si se decidía a hacerlo.

La confesión en su bolsillo crujía débilmente cuando andaba, así que se introdujo la mano en la chaqueta para alisar el folio.

Ese papel cambiaría toda su vida. Otra vez.

Pasó junto a la majestuosidad pétrea de la iglesia episcopal de Holy Faith y un elegante hotel y spa llamado Posada. La mayoría de los hogares de la avenida Palace habían sido convertidos en oficinas. Allison Vance tenía su consulta en una vieja casa victoriana de ladrillos que destacaba entre el resto de edificaciones de adobe. El jardín estaba

plagado de cuidados pinos y álamos. Se oía el siseo de una sierra desde una ventana abierta en el piso de arriba. El propietario estaba remodelando las dos plantas superiores, mientras unos pisos más abajo Allison remodelaba las cabezas de la gente.

Miles se acercó a la casa. Al echar la vista de nuevo por encima del hombro vio a Andy de pie en la acera, encogido por el frío. La camisa tropical y los pantalones caquis estaban fuera de lugar en el frescor matutino de la primavera de Santa Fe.

Vete, le dijo Miles a Andy sin emitir sonido alguno.

—Si le das esa confesión —le respondió Andy—, no va a cambiar nada. El daño no me lo haces a mí, te lo haces a ti mismo. ¿Lo pillas, Miles?

Miles le hizo un gesto con la mano para que se fuera.

—Esto no acaba aquí. —Andy tiró el cigarrillo al suelo y se dio la vuelta en dirección a la plaza.

Miles recuperó el aliento y entró. En la puerta a su derecha un letrero decía «Doctora Allison Vance, psiquiatra». La abrió, entró y apoyó la cabeza en ella al tiempo que la cerraba.

—Buenos días, Michael —saludó Allison a su espalda—. Me alegro de que hayas venido.

—Temprano además —contestó. Algunos días no podía enfrentarse a estas citas, a la idea de vagar por las tenebrosas arenas de sus recuerdos, al temor a lo que podría desenterrar—. ¿Qué sucede? —le preguntó.

—Absolutamente nada —dijo Allison, y la expresión tensa en su rostro se esfumó—. ¿Te apetece una taza de té verde?

Odiaba el té verde.

—Fantástico, gracias. —Se quitó la chaqueta con la confesión aún en el bolsillo, la colgó en el perchero y se sentó en una gran silla de cuero gastado situada enfrente de la de ella.

La doctora vertió té humeante en una taza y se la tendió.

—Gracias.

—Pareces cansado, Michael. —Ese era el nombre de su nueva vida, uno inventado por la agencia de protección de testigos.

—No tengo buen despertar. —Le dio un sorbo a su té.

—Cuando eras investigador trabajarías mucho de noche. —Primer intento para hacerle hablar. El hecho de que en su día fue un investigador

privado era una de las tres migajas a las que se reducía el conocimiento que ella tenía de su vida anterior.

—Las noches son lo mejor —contestó—. Los esposos infieles a menudo se cobijan en la noche.

—¿A eso le disparaste? ¿A un esposo infiel?

Segundo intento basado en la segunda migaja. El juego siempre era el mismo. Ella trataba de soltarle la lengua acerca del terrible instante en el que acabó su antigua vida, de sacarle detalles que era incapaz de recordar, y él esquivaba todo eso y huía escondiéndose tras un muro de bromas y cháchara.

—No, nunca llevé pistola. —Las palabras salieron de su boca como melaza resbalándole por los labios. *Levántate y dale la confesión*, se dijo a sí mismo.

Andy estaba de pie detrás de Allison.

—¿Qué pasa, Miles? ¿Has perdido los nervios? Adelante, dile a la bella señorita lo mismo que me dijiste a mí.

Miles se quedó paralizado. Se sentía como si estuviera metido en una bañera llena de hielo. Andy nunca había puesto un pie en la consulta de Allison. Miles miró con el rabillo del ojo en dirección a su chaqueta, donde aguardaba su confesión. Volvió la vista hacia Andy, que sonrió y meneó la cabeza.

—¿Michael? ¿Sucede algo? —Allison se incorporó hacia delante con el ceño fruncido.

Miles se escondió tras la taza de té, de la que pegó un gran sorbo. Se calmó la respiración poniendo la boca contra el borde de la taza. Levantó de nuevo la vista. Andy simuló una pistola con las manos y le disparó.

—Michael, cada vez que te menciono el tiroteo te quedas petrificado.

—Lo sé. —Soltó la taza de té—. Ya no quiero... no recordar lo que pasó. —Las palabras eran como grumos en su garganta—. Necesito que me ayudes.

Allison se sentó de nuevo.

—Por supuesto, Michael. Este es un gran paso. Querer curarte es un elemento crítico que ha faltado en nuestro trabajo.

—No quiero que me odies —le dijo.

—No podría. Nunca. —Le sonrió débilmente—. Creo que te entiendo mejor de lo que crees.

—Espera a saber lo que hice —replicó—. Ni siquiera recuerdo todos los detalles, no puedo.

—La voluntad de hablar sobre tu trauma es lo verdaderamente importante, Michael.

—Sé que no he cooperado contigo, pero quiero estar seguro... quiero seguir siendo tu paciente. Eres la única que puede ayudarme.

—Lo tomo agradecida como un cumplido, gracias, pero...

Miles alzó una mano.

—No me venga con el rollo ese que dicen los loqueros, eso de que todos los terapeutas son buenos. No quiero que me mande a un hospital. No puedo ir a uno de esos sitios, no voy a ir allí, no es una opción que se pueda contemplar.

Una expresión de sorpresa, o quizás de decepción, no sabría identificarla, se dibujó en el rostro de ella. Desapareció en cuanto asintió.

—Nada de hospitales. Me agrada el cambio de actitud respecto a la terapia. ¿Por dónde te gustaría empezar?

Decidió prepararla para la confesión.

—Veo continuamente a la persona a la que disparé. No puedo vivir así, no puedo tenerlo colgado de mí todo el tiempo, así que o bien me arreglo o me vuelvo más loco.

Su expresión era inquebrantable.

—¿Está aquí ahora?

—Sí, es como una fiebre que no se me baja. Esta mañana me dijo que quería matarme.

—¿Cómo se llama?

—Andy.

Andy se cruzó de brazos tras ella.

—No me gusta nada que esta bienintencionada zorra se interponga entre tú y yo, Miles.

—Hablemos del tiroteo —propuso Allison.

—Ya te lo he dicho. No recuerdo todos los detalles.

—Iremos poco a poco. Empecemos por el lugar donde se produjeron los disparos.

La palabra se le atascaba en la garganta, tosió para que saliera al exterior.

—Miami.

—¿Era tu ciudad?

—Crecí allí, igual que Andy.

—¿En que parte de Miami tuvo lugar el tiroteo?

—En un almacén. No había nadie allí salvo yo y... —Se calló. No podía mirarla. Darle la confesión parecía ahora una misión imposible. Calmó el ritmo de su respiración. La quemazón del pánico le recorrió los huesos.

—Yo, dos policías y Andy...

—El cuchillo del cajón de la cocina —intervino Andy—. Está muy afilado. Lo pondré en tus manos, te ayudaré a prepararte un baño caliente y entonces te cortarás las muñecas, así nos reconciliaremos.

Miles se detuvo.

—Quiero estar sano de nuevo, quiero recuperar mi vida... —Se puso en pie y dio vueltas por el despacho con las manos en la cara.

—Déjame ayudarte. Volvamos a la historia.

—No lo recuerdo, no puedo, ¿cómo vas a ayudarme si no recuerdo lo que pasó?

—Dando pasos pequeños. ¿Le disparaste a ese Andy?

—Sí, sí.

—¿Por qué?

Las imágenes invadían su mente como un revoltijo de fotogramas esparcidos en una mesa, y él era incapaz de ordenarlos.

—Estábamos riéndonos. De repente, Andy perdió la cabeza. Se sacó una pistola. La apuntó a la cabeza de uno de los policías.

—Y le disparaste.

Miles se hundió en la silla.

—Sí, pero no lo recuerdo.

—¿No se merece esta bella dama la verdad en vez de una carta llena de mentiras? —susurró Andy

—No intentemos recordar —propuso Allison—. Hablemos de lo que visualizas si piensas en el tiroteo. Es diferente al recuerdo mismo.

Dio un sorbo al té verde deseando que en la taza hubiera bourbon.

—Recuerdo las risas. Entonces las risas paran y levanto la pistola. Veo a Andy empezar a hablar, pero no oigo lo que dice. Aprieto el gatillo. Él me dispara.

—¿Él te dispara?

—Sí. En el hombro. Lo veo caer. Yo... —La herida en el hombro comenzó a dolerle, a latirle al ritmo de su corazón. Las manos se le

cubrieron de sudor, se le echó encima el aire cerrado del edificio, el olor a pintura, el eco amortiguado de los martillazos dos pisos por encima... y de repente el despacho desapareció, el frío de Nuevo México se vio reemplazado por el manto de humedad de Miami, el ruido de los disparos en el cavernoso almacén resonaba sin cesar en sus oídos, ahogando el grito de Andy, su propia voz horrorizada y sorprendida, el sonido de la bala penetrando en la carne de Miles, el estallido de dolor.

—¿Michael?

—Oh, por favor, Dios mío. —Miles se pasó la mano por la frente. Se sentía enfermo, febril. Calmó el temblor de sus manos presionándolas contra el suave cuero de la silla. Estaba aquí, no allí. No podía volver a aquel lugar. Jamás.

—Michael. ¡Michael!

Su nombre no era Michael, no quería responder a él. Entonces recordó, sí, era Michael, a partir de ahora y para siempre. Si es que quería seguir viviendo.

—¿Sí? —dijo.

—Estabas teniendo un recuerdo. Estás a salvo. Nadie va a hacerte daño.

—Estoy a salvo —repitió—. No voy a hacer daño a nadie.

Miles parpadeó. La doctora se aclaró la garganta.

—Háblame de Andy.

Sus manos querían coger la confesión, dársela y acabar con esto. Sin embargo, no quería que le temblaran cuando le tendiera el sobre.

—Quiero... ¿Michael, me oyes?

Clavó los ojos en ella.

—Sí, Allison, pero no quiero recordar más. Lo siento. No puedo.

Acaba con esto, pensó. Haz pedazos la confesión, vete de aquí. No vuelvas. Ten a Andy de compañero de piso hasta que te mueras.

—Hoy has dado un salto adelante. Dices que quieres recuperar tu salud, tu vida. Lucha por ello, Michael.

—Es demasiado difícil. —Recuperó el ritmo normal de la respiración—. Hablemos de mi madre y de mi padre. ¿Te conté que mi padre apostaba mucho?

—No creo que podamos evitar afrontar el asunto de Andy. Quiero introducir un nuevo elemento en nuestra terapia.

Oyó la puerta de la consulta abrirse a su espalda.

Miles se levantó de la silla, dio cinco pasos hasta la puerta, agarró al hombre del cuello y lo empujó con dureza contra la pared. El intruso era de la misma altura que Miles y se asía con fuerza a la mano que se aferraba a su cuello.

—¡Michael! ¡Para! —gritó Allison—. ¡Suéltalo!

Miles aflojó su agarre. Era un hombre rubio, de ojos azules y complexión musculosa bajo el traje hecho a medida. Escrutaba a Miles con frialdad.

—No me gusta que se me acerquen por detrás —dijo Miles.

—Ha quedado claro —dijo el hombre.

—Miles. Este es el doctor James Sorenson. Lo conozco desde hace muchos años. Ha realizado un trabajo increíble con personas que sufren desórdenes postraumáticos severos.

—Entonces debería haber aprendido a no acercarse a gente como nosotros sin avisar —apuntó Miles—. Lo siento.

—Le pido disculpas si lo he asustado —se excusó Sorenson. Para ser un hombre tan grande, su voz era baja, rasposa, como si a las palabras les costará traspasar sus labios. Se alisó la solapa del traje.

Miles no le quiso dar importancia al modo en el que le había hablado Sorenson, al ligero tono de superioridad con el que dijo la palabra «asustado». Regresó a su asiento frente a Allison.

—No quiero otro médico —sentenció Miles. Una intensa rabia le subió por el pecho. Este no era el comportamiento de una doctora tan cuidadosa como Allison, imponerle otro doctor no estaba bien. No era propio de ella.

—Lo sé. El doctor Sorenson está desarrollando un nuevo programa que creo puede ayudarte. Podría devolverte tu antigua vida.

La confesión. Eso pararía todo esto, este médico nuevo no haría falta. *Entonces, levántate de la silla y dale la confesión y deja de estar tan cagado por lo que pueda pensar ella de ti.*

—No se trata de lo que ella piense de ti, sino de saber exactamente qué pasó el día de mi muerte. Eso es lo que no quieres recordar, cómo me mataste. La espantosa verdad de por qué me mataste.

—Mi antigua vida... —Miles negó con la cabeza, primero mirando a Allison y luego a Sorenson—. No quiero que mi caso se discuta con nadie más.

—No debe preocuparse por la confidencialidad, Michael —intervino Sorenson—. Sus secretos están a salvo conmigo. Solo quiero ayudarle.

Miles sabía que podía levantarse e irse. No quería darle la confesión a Allison con Sorenson presente. Este hombre desconocido leería lo que había escrito. *No, ahora no es el momento.*

Sorenson parecía estar estudiando la indecisión en el rostro de Miles.

—Quiero ayudar. Sus recuerdos, sean cuales sean, deben de ser terribles para usted.

—La muerte es más terrible. —No podía decir lo que pensaba realmente. *Andy murió y yo lo quería como a un hermano. Era mi mejor amigo desde que teníamos tres años. Murió y yo lo maté. Dios me ayude, Dios me perdone. No pretendía matarlo, no quería matarlo. Estaba intentando salvarlo.*

Sorenson se incorporó hacia delante y Miles vio cómo se tensaban los músculos en sus anchos hombros. Su expresión era dura, fría.

—Existe una teoría respecto a los recuerdos traumáticos. Nuestros peores recuerdos tienen una raíz muy profunda, no son como los recuerdos normales. Tras un trauma, los pacientes desentierran los resultados de sus peores experiencias vitales. Nosotros las examinamos, las diseccionamos. Qué podría haber hecho de otra forma, qué decisión podría haber tomado para evitar la tragedia. Si hubiera salido dos minutos antes camino de la escuela, mi coche no se hubiera chocado contra un camión matando a mi hijo. Si hubiera tenido más cuidado, no le hubieran disparado a mi amigo en una batalla. —Miles escuchaba sin decir nada—. El recuerdo traumático es emparedado por los recuerdos normales tal como es, y no se integra con el resto. No se procesa del mismo modo que un recuerdo no amenazante, esos que se archivan y digamos que se dan de lado, si usamos una metáfora de oficina. Por lo tanto, el recuerdo se afianza a mayor profundidad, al igual que el trauma asociado a él. Las pesadillas, el miedo paralizador, la paranoia de que el destino nos tiene guardado otro golpe fatal. Incluso aunque no se recuerden detalles específicos, el recuerdo está ahí, es un motor para el trauma. Es un círculo vicioso.

Miles embutió las manos entre los brazos de la silla y el asiento, por si los temblores regresaban.

—Si pudiera olvidar el peor recuerdo de su vida, ¿lo haría? —preguntó Sorenson.

—Nadie es capaz de olvidar.

—Pero si pudiera, ¿lo haría? Olvidar todo ese trauma asociado a haber matado a ese tal Andy.

—Sí —reconoció Miles—. Sí, claro que lo haría.

—No va a ocurrir tal cosa —interrumpió Andy, sentado en el brazo del sillón, echado hacia delante para escrutar a Sorenson—. Somos inseparables.

—Bueno, no puedo borrarle el cerebro, pero puedo disminuir el trauma del recuerdo. —Ahora Sorenson sonreía—. Piense en ello como un chute de bótox mental para alisar las arrugas que le causan el dolor de sus recuerdos.

Ver la muerte de Andy sin culpa, sin dolor, sin miedo, sin horror. Sin culpa. Miles miró a Allison.

—¿Todo esto es verdad?

—Quiero incorporarlo a un programa especial para víctimas de traumas. Allison cree que puede serle de ayuda.

Allison no levantó la vista de las manos que descansaban en su regazo.

—¿Es este programa lo que crees que me hace falta? —le preguntó Miles.

Allison asintió sin articular palabra. Miró a Sorenson y Miles se dio cuenta de que esa era la razón por la que ella estaba tensa cuando llegó, por ese otro médico escondido en su oficina. Esperándolo.

Todo esto era un poco extraño.

—¿Va a dejarme que le ayude, Miles? Allison me ha recomendado a otros dos pacientes suyos para el programa. Tendremos una reunión aquí mismo a las ocho para discutirlo todo. Espero que se una a nosotros. Su caso me fascina.

—Gracias por la oferta. La consideraré seriamente. —Miles se puso en pie. La sesión había terminado, aunque según el reloj quedaran veinte minutos.

—Has hecho muchos progresos hoy —le dijo Allison—. Te agradezco que hayas escuchado y hablado con el doctor Sorenson. Gracias por... comprender.

—Les haré saber mi decisión en cuanto la tome.

—La decisión está tomada, gilipollas —le dijo Andy a Sorenson—. No va a acercarse a ti.

Sorenson estrechó la mano de Miles con una fuerza hercúlea.

—Espero que podamos, juntos, acabar con su dolor.

—Por cierto —dijo Allison—, aquí tienes, Michael. —Le puso en la mano un frasco blanco de plástico lleno de pastillas.

—¿Qué es esto?

—Un sedante muy suave que te ayudará en el caso de que te sobrevenga otro recuerdo.

—No es necesario.

No le gustaban las pastillas, odiaba tener que tomar los antidepresivos que le había prescrito Allison. Al tragar cada una de esas pastillas recordaba que era incapaz de ser fuerte.

—Las dosis vienen detalladas dentro —dijo Allison—. Llámame si tienes alguna pregunta. Deseo fervientemente verte aquí a las ocho.

Miles se guardó las pastillas en el bolsillo de la chaqueta. Oyó el crujido de la confesión contra el frasco. Se fue, cerrando la puerta de la consulta a su espalda. El sudor le empapaba las palmas de las manos, le corría por las costillas.

Andy lo alcanzó en la entrada del edificio.

—Sabía que no podrías. Rompe la confesión y vámonos a casa.

—Voy a buscar el modo de olvidarme de ti. —Dicho esto, salió al exterior, donde el aire frío le azotó el rostro.

—Que Sorenson —insistió Andy— diga que tu caso es interesante me ha puesto los pelos como escarpías. Soy algo más que un caso.

—Tienes razón —dijo Miles—. A mí tampoco me gusta. —Habló en voz baja, con la mano ahuecada en la boca como si quisiera calentársela con su aliento.

—Bien, entonces no necesitas ese estúpido programa. —Andy le pasó un brazo por los hombros—. Mi parte favorita de la confesión es cuando dices que estabas intentando salvarme. Esa sí que es buena. Si no me salvas tampoco te puedes salvar tú, es lo justo, Miles.

Miles se detuvo. Cerró los ojos, echó los hombros hacia delante y contó hasta cien con el ruido de fondo de los coches surcando el gélido paseo de Peralta. Abrió los ojos. Andy se había ido.

¿Olvidarías el peor momento de tu vida?

No puedo seguir por este camino, pensó. No puedo. Iba a unirse al maldito programa, permitiría que Sorenson le desmenuzara el cerebro si eso iba a causar la desaparición de Andy. Si Allison creía que encomendarse a Sorenson lo curaría, adelante.

Tocó el papel de su bolsillo, la confesión, advirtiendo de repente que lo frotaba como un hombre devoto haría con su rosario. Esta noche a las ocho. Esta noche se la daría a Allison como una muestra de fe, escucharía con la mente abierta, aunque rechazaba la opción que le ofrecía Sorenson para arreglarle la cabeza.

—Sin embargo, podría matarte antes de esta noche —dijo Andy con la cara pegada a la suya, ya de vuelta—. Hacerte saltar delante de un coche a toda velocidad. Ponerte una pistola en la boca. Subirte a un edificio alto para hacerte luego bajar...

Miles echó a correr.

Dennis Groote llegaba tarde al día de visita de su hija porque tenía que matar al último de los Duarte.

El lunes por la noche había seguido al tipo (un contable que se las había arreglado para esconderse, tras la caída de la banda de los Duarte, con la ayuda de la policía) hasta una reunión en un hotel de lujo cerca de las playas de San Diego. Groote se había pasado la noche montando guardia cerca de su objetivo, en una habitación desocupada en la que se había colado usando una tarjeta ilegal. Si un huésped rezagado aparecía para reclamar la habitación, lo mandaría de vuelta al mostrador con la excusa de que existía algún tipo de error y se marcharía antes de que volviera. El trabajo podría esperar para otro día. La paciencia equivale al éxito, la paciencia es vida.

El contable llegó poco después de las nueve y media de ese lunes, pero no estaba solo, iba acompañado por una mujer. Hablaban en un tono extraño. El contable se echó a reír con ganas para hacerse el macho. A eso siguió el inconfundible sonido de besos, de ropa cayendo al suelo, de los muelles del colchón.

Groote jugó al solitario con su PDA durante el polvo, esperando entre bostezos a que acabaran. Podría forzar la cerradura de la habitación contigua, entrar, dispararles a los dos y no perderse las horas de visita con Amanda. No obstante, no veía motivos para matar a una mujer cuyo único delito era haber elegido mal a su compañero de cama de aquella noche. Odiaba la idea de matar a una persona inocente sin necesidad. Aguardó, con la esperanza de que la amiguita del objetivo no pasara allí la noche.

No tuvo suerte. Groote escuchó cómo seguían con las intimidades hasta la medianoche, cuando se durmieron al fin. Les dio otra hora, por si la mujer se levantaba tras la cabezadita postcoital. Solo oyó silencio, aparte de los ligeros ronquidos del contable y la mujer. Entonces el propio Groote se quedó dormido. Despertó cuando el martes ya empezaba a clarear.

Escuchó tras la puerta. Un seseante y continuo ronquido. Oyó unos pasos suaves, el agua de la ducha corriendo.

Ahora. Podría acabar e irse antes de que la mujer se duchara sin enterarse de nada. Groote forzó la cerradura de la puerta entre las dos habitaciones, se abrió con facilidad. El contable tenía cuarenta y tantos años, era alto y de barriga prominente. Parecía más un obrero que otra cosa, con su rostro rudo y la mandíbula cuadrada.

—Hola —dijo Groote.

Los ojos del hombre se abrieron, confundidos.

—Oh, hola.

—Ayudaste a destruir a mi familia. Esto es para recordártelo.—Groote le disparó dos veces entre los ojos con una pistola equipada con silenciador.

Oyó un grito a su espalda, sobre el chapoteo del agua. Maldita sea, había puesto el agua a correr, pero no se había metido bajo el chorro aún. Agarró a la mujer, la arrojó con fuerza contra la pared y le cubrió la boca con una mano. Era mayor que el contable, rondaría los cincuenta. Groote la reconoció, igual que hubiera reconocido a cualquiera de los presentes en el vestíbulo del hotel la noche anterior, cuando realizó una inspección del lugar. Era una conserje del hotel. Cuando la vio detrás del mostrador ella levantó la vista del ordenador y le dedicó una sonrisa de bienvenida, a la que él respondió con un movimiento de cabeza.

Ahora Groote presionaba su arma contra la garganta de la mujer.

—Respóndame y la dejaré vivir. —La conserje cerró los ojos, temblando bajo su tacto—. ¿Entiende? —Asintió—. ¿Por qué está aquí? —Groote apartó la mano un centímetro de su boca para dejarla hablar.

—¿Aquí? —farfulló la conserje nerviosa—. Oh, Dios mío, oh, Dios mío...

—Sí, aquí, con él. —*En el lugar equivocado en el momento equivocado*, pensó Groote, pero odiaba esa expresión. Recordó las últimas

palabras de Cathy: «Voy a coger tu coche, tiene mayor capacidad en el maletero».

—Él me invitó. Por favor, no me mate. Por favor. —La conserje trató de apartar la garganta del cañón de la pistola, pero Groote la agarraba del pelo con fuerza.

—¿Se hospeda a menudo en este hotel?

Ella asintió.

—¿Lo conocía antes de esta noche?

—Sí.

Una elección predeterminada, no un polvo arbitrario de una noche.

—¿Sabe qué clase de hombre es?

Tembló de miedo.

—Es... es solo el contable de una compañía de barcos.

—Antes tenía otro trabajo. Sus acciones ayudaron a precipitar la muerte de mi esposa, dejaron lisiada a mi hija. Pagó el dinero con el que se que compraron las armas que destruyeron a mi familia.

La mujer se estremeció en sus manos.

—Compañía... de barcos...

—Debería tener más cuidado con sus amistades, señorita —le aconsejó amablemente a la conserje.

—Sí, de acuerdo, lo haré, lo prometo...

—Siento mucho las molestias.

Y la disparó una sola vez entre los ojos.

Tomó la carretera I-5 dirección norte, hacia el condado de Orange. Llegaba tarde a su mañana con Amanda por quedarse toda la noche en planta, darle a la conserje una generosa oportunidad de vivir, tomarse su tiempo para registrar el portátil del contable en busca de archivos que contuvieran alguna pista de algún miembro del círculo criminal de los Duarte a quien fuera necesario eliminar, preparar el escenario del crimen de tal modo que pareciera un robo y encima tener que pelearse con el tráfico matutino. Al menos sabía que no había sido injusto.

Amanda y Cathy no tuvieron ninguna oportunidad.

A las diez (casi una hora tarde) se adentró en el corazón del condado de Orange, pasando junto al restaurado Orange Circle, con sus encantadoras tiendas y los nuevos y relucientes edificios de la Universidad de

Chapman. Orange era una bonita ciudad, debería mudarse aquí para estar más cerca de Amanda. Un asesino a sueldo en los suburbios... la idea casi le daba risa. Condujo unas cuantas manzanas hasta llegar a un conglomerado de edificios de ladrillo que inspiraban el ambiente tranquilo de una escuela preparatoria moderna. Salvo por las rejas en las ventanas. Le dio su nombre al guardia que vigilaba la puerta del hospital Pleasant Point. Avanzó hasta el edificio principal, aparcó el Mercedes y echó a correr por el aparcamiento. Sabía que necesitaba una ducha y un afeitado, pero no había querido perder más tiempo. Un grupo de niños jugaba fuera bajo el sol de la mañana, otros pocos miraban fijamente al cielo o al suelo o a sus propias manos. No vio a Amanda entre ellos.

Se apresuró a entrar al edificio para informar de su entrada en el mostrador. La enfermera de hoy era Mariana, su favorita.

—Llego tarde —se disculpó Groote—. El tráfico era terrible.

—Amanda está en su habitación —le comunicó Mariana.

—Gracias. —Groote firmó la entrada y bajó por el pasillo a buen paso. Oyó las notas lastimeras antes de llegar a la puerta de la habitación de Amanda. Entró lentamente para no asustarla, meses después de aquel horror seguía saltando a la mínima.

Amanda yacía en la cama en una posición extraña, toda torcida, con las rodillas pegadas al pecho y la mejilla derecha sobre la almohada. Patsy Cline, la cantante favorita de su madre, sonaba suave en los altavoces. *Walking after midnight*. Una canción muy triste para una mañana tan soleada, una canción muy triste para una chica de dieciséis años. Debería estar escuchando temas de esas bandas de chicos guapos, chasqueando los dedos al ritmo de sus canciones intrascendentes, cantando con un cepillo del pelo a modo de micrófono, bailando delante del espejo del baño. En casa, con él, donde debía estar.

—¿Amanda? —Se acercó al reproductor de cedés para bajar un poco el volumen—. Amanda, soy papá.

Abrió sus ojos marrones y lo miró sin verle.

—Eh, Amanda Banana. —Arrastró una silla junto a la cama—. ¿Cómo estás? —Su voz era tranquila, balsámica.

Amanda no respondió. La boca torcida y el modo en el que le miraba sin verle, como si escudriñara a través de una neblina, eran síntomas inequívocos de que tenía un mal día. Y por consiguiente, él también.

Cogió su mano.

—¿Quieres levantarte y salir afuera un rato?

Apenas le apretó la mano. Una de las cicatrices de su rostro tembló (la pequeña con forma de estrella, cerca de la comisura de los labios), y pensó que ella iba a darle los buenos días. Se quedó quieta.

—Siento llegar tarde, cielo. Tenía un trabajo que terminar esta mañana.

Sus ojos se centraron en el rostro de su padre.

—Mamá vino a verme —dijo lentamente, con cautela.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y qué te dijo mamá?

—Quería que me hiciera daño.

—Oh, no, nena, ella no quiere eso. No quiere eso. —Groote trató de cogerle una de las manos para ponerla entre las suyas, pero las tenía torcidas como garras, pegadas al pecho.

—Me dijo que debería cortarme la cara —susurró Amanda.

—No, nena —dijo Groote. *Ni las drogas ni las jodidas terapias están funcionando, ni siquiera recuerda que Cathy está muerta*—. Tu madre no ha estado aquí.

—Estuvo. Viene casi todos los días —replicó Amanda, fría como el acero.

—Nena, está todo en tu cabeza.

—¡Estuvo aquí!

Cejó en su empeño de discutir con ella. Quería que estuviera calmada y dialogante, no aullando y gritando, eso acortaría la visita. Ella era su reducto de belleza ante tanta fealdad innecesaria como había en el mundo. Tocó la cicatriz que tenía en el lado de la boca, luego la otra que le partía una ceja en dos y finalmente la piel arrugada tras la oreja. Eran los regalos que habían dejado las balas que rompieron el cristal, el coche que volcó en el rocoso cañón. Besó todas sus cicatrices.

—Mamá nunca te diría que te hicieras daño —le susurró al oído.

Olió algo crudo, metálico. Le era familiar. Era el olor de la sangre. Se apartó de ella para mirarle la cara al tiempo que palpaba la cama con las manos.

—¡Amanda!

Le quitó la colcha de encima. Llevaba puestos unos pantalones finos y una camiseta. Buscó heridas en su torso y extremidades. Nada. Le

levantó la cara de la almohada, su delicada piel estaba intacta. Los dedos se le pusieron pegajosos cuando le tocó la nuca nerviosamente.

Ella comenzó a gritar, a empujarlo, a pedirle que por favor le arrancara la cara.

—No lo entiendo —se lamentó Grootte—. ¿Por qué se hace daño?

—Hay muchas razones. —El doctor Warner era un hombre corpulento con el rostro rojizo bajo los cabellos color zanahoria, que ya empezaban a tornarse grises—. Se culpa del accidente.

—No debería hacerlo. No tuvo nada que ver, ni remotamente.

—Aún se culpa.

—Bien, entonces lo culpo a usted de su estado mental —dijo Grootte en un tono glacial pero calmado—. Mi hija se está cortando la cabellera, por el amor de Dios. Sus empleados le permitieron quedarse con una horquilla. —Amanda le explicó entre agudos chillidos que era más fácil quitarse la cara desde atrás.

—No volverá a suceder.

—Quiero que la ayude —dijo Grootte, manteniendo el control pero hablando con los dientes apretados, siseando como una serpiente.

—Hemos intentado terapia artística, medicación, terapia de grupo... Todos los tratamientos estándar para procesar los recuerdos traumáticos no integrados. Amanda simplemente no mejora. —Warner se puso la mano en el mentón—. Los daños mentales que sufrió al estar atrapada tanto tiempo junto a su madre muerta puede que sean irreparables.

—Si está rota, se la puede arreglar —dijo Grootte.

—Amanda no es un plato que se pueda pegar —dijo Warner.

Paciencia, se aconsejó a sí mismo. Respiración profunda.

—Cuando digo arreglar, me refiero a que tenga salud suficiente para recuperar su vida. Para querer vivir de nuevo. —*Averiguaré si tiene familia, doctor, porque si no ayuda a mi hija, no va a poder ayudar a la suya. Se va a enterar de lo que de verdad es el dolor.*

—Amanda ya tenía problemas antes del accidente. Su padre biológico abusaba de ella.

—Sí. —Grootte no necesitaba que le recordara ese triste detalle, era como si Warner le estuviera diciendo «Lo siento, tío, tu hija ya era un

juguete roto antes de que la trajeras aquí». No obstante, Groote ya se había ocupado del desgraciado del padre como un favor secreto para su esposa y su hija. Nunca sentía odio cuando mataba, excepto entonces, cuando estaba metiendo diez balas en el cuerpo a esa basura. Y todo porque no sabía que podía querer tanto a Cathy y Amanda. El amor había sido para él como un rumor, un concepto irreal. Hasta que lo encontró.

Y ahora Cathy no estaba, Amanda lo necesitaba. Solo lo tenía a él para protegerla.

—Es obvio que la pérdida de su madre fue algo devastador. Sin embargo, las condiciones en las que se produjo son mucho más dañinas que si la hubiera visto morir de cáncer en una cama de hospital o si hubiera muerto instantáneamente en un accidente. En cierta forma, Amanda experimentó su propia muerte al tiempo que la de su madre. Piense en ello como una fractura compuesta en su salud mental. La llevó directamente a un complejo desorden de estrés postraumático.

—No la está ayudando —dijo Groote en voz baja—. Está intentando arrancarse la cara. Si vuelve a autolesionarse, lo haré a usted completamente responsable y aprenderá un nuevo significado de la palabra consecuencia.

Warner sonrió. *Eres un hombre inteligente, pero sabes muy poco*, pensó Groote.

—Amenazarme no ayudará a su hija, señor Groote.

—Lo siento. Necesito que la cure. Por favor. Por favor.

Entonces llegó la salvación en forma de tono de llamada de móvil. Solo el hospital y sus clientes tenían su número. Destapó el teléfono, no usaba el contestador, era demasiado arriesgado.

—Le llamaré luego —dijo a modo de saludo.

—Por favor, hágalo —respondió una voz mansa—. Soy Quantrill. Tengo el trabajo perfecto para usted. Podría incluso ayudar a su hija.

Groote condujo hasta Santa Mónica sobrepasando por mucho el límite de velocidad. La casa de Oliver Quantrill era una construcción de acero y cristal situada en un barrio opulento. Quantrill estaba sentado en su enorme terraza bebiendo agua mineral y aporreando su portátil. Era un hombre alto de unos cuarenta y tantos años y complexión fuerte,

conseguida a base de una dieta alta en proteínas y varias horas diarias de gimnasio.

—¿Cómo ha averiguado lo de mi hija? —Groote trató de apaciguar la rabia que sentía para disminuirla hasta niveles normales. Siendo honestos, se dijo, no era rabia, era miedo.

—Tranquilo, Dennis. Hice que lo investigaran la primera vez que lo contraté. Hubiera sido estúpido no hacerlo, teniendo en cuenta su pasado. No quiero hacerle daño a Amanda.

—Hable. ¿Qué trabajo puedo hacer que ayude a mi hija?

—¿Sabe a qué me dedico exactamente, Dennis?

—Vende información. No conozco los detalles.

—Aquí tiene un detalle. Estoy supervisando una investigación médica pensada para ayudar a personas que sufren de estrés postraumático. A personas como Amanda.

A Groote se le aflojaron las piernas. Se sentó.

—Investigación.

—Una investigación anteriormente descartada. No funcionó la primera vez. Mi equipo la ha mejorado. Ahora sí funciona.

—¿Cómo funciona?

—Es un fármaco que convierte el desorden en una dolencia controlable. Posiblemente curable. —Quantrill le dio un sorbo al zumo de naranja—. ¿Le gustaría recuperar a su hija, Dennis? ¿Cuánto valdría eso para usted? —Groote abrió la boca, luego la volvió a cerrar—. Todo, ¿verdad?

—Claro —dijo Groote—. Quiero ese fármaco para mi hija.

—Usted y mucha, mucha gente. Los expertos estiman que más del diez por ciento de la población americana y el diez por ciento de la población europea sufren de algún tipo de estrés postraumático. Y además tenemos a todos los soldados que regresan de la guerra en Oriente Medio, el cuarenta por ciento afectados por este desorden. Cuento además a la población civil en las zonas de guerra. Añádale a eso los horrores vitales que pueden afectarnos: huracanes, asaltos, violaciones, accidentes de coche, ataques terroristas... bueno, verá que la lucha contra esos traumas es un mercado en alza. —Quantrill dio otro sorbo al zumo, llenó un vaso y se lo tendió a Groote.

—No he oído hablar de ninguna investigación farmacológica en ese campo, a pesar de que estoy pendiente de todo lo que pueda ayudar a mi hija.

—La investigación y las pruebas se han hecho, digamos, bajo cuerda. De este modo, me será posible venderle los resultados a una empresa farmacéutica para que puedan decir que es un producto desarrollado por sus propios laboratorios. Yo me llevo un porcentaje. Mientras antes se haga la operación, antes recibirá ayuda Amanda y todos los que necesiten la medicina.

A Groote se le secó la boca.

—¿Por qué tiene que ser la investigación secreta?

—Eso no le incumbe. Necesito que se encargue de una mujer de Santa Fe, la doctora Allison Vance. Ha estado trabajando con los pacientes que han probado el fármaco en un hospital psiquiátrico que tengo allí. El director de mi investigación teme que pueda delatarme a Sanidad. Si lo hace, no habrá fármaco milagroso para nadie. Incluyendo a Amanda.

—Acaba de conseguir que odie con todas mis fuerzas a la doctora Vance —dijo Groote—. Estoy seguro de que es un ser humano horrible.

Quantrill sonrió.

—Sabía que era la persona adecuada para este trabajo. Coja el próximo vuelo a Nuevo México. Tráigame los materiales de la investigación. Sé que estarán a salvo con usted. Y si la doctora Vance se convierte en un problema, se hará indispensable que sufra un accidente muy grave.

Recupérate, se dijo Miles. Andy dejó de seguirlo. Iba a la carrera por el paseo de Peralta y dobló la esquina con Canyon Road. *Está batallando porque teme que de verdad lo expulse de mi vida.*

Miles dejó de correr, se metió una mano en el bolsillo y se aferró a las pastillas que le había dado Allison. No, no se tomaría ninguna todavía, quería tener la mente despierta para trabajar. Tanto como le fuera posible. Si Andy reaparecía... entonces engulliría al menos una. A Andy parecía no agradaarle aquella galería, Miles caminaba con paso seguro entre sus muros.

El ejercicio lo había calmado, pero no podía desembarazarse de Sorenson, sus pensamientos no paraban de girar en torno a él. El hombre parecía presto a darle un puñetazo, no tenía aspecto de un psiquiatra que pretendiera ayudar a un paciente ni calmarlo. Miles reprodujo en su cabeza la extraña sesión de aquella mañana. Traer a otro terapeuta había sido un error, un error fatal, no era propio de Allison. Un terapeuta no podía hacer cosas así de inesperadas. La vida ya se encargaba por sí sola de agitar su jaula casi todos los días.

La galería era ahora mismo su mejor refugio.

Miles solo había ido a dos entrevistas de trabajo en su vida. Siempre había trabajado para su padre en la empresa familiar, Servicios de Investigación Kendrick. La oficina se encontraba en un pequeño centro comercial de barrio, en Miami, entre una tienda de empeños y una de ropa usada. Su primera entrevista de trabajo fue unilateral, cuando Andy lo llevó a una reunión con los Barrada dos días después del entierro de su padre.

—Tu padre nos debía trescientos mil dólares en apuestas de carreras de caballos y galgos, Miles. Puso la agencia de investigación como aval. Podríamos quedarnos el negocio ahora mismo, pero gracias a tu colega Andy te vamos a ofrecer un trato. Necesitamos a un hombre que sea nuestro espía personal, Miles. Necesitamos que nos robes información. Consigue pruebas que los incriminen de otros círculos, averigua quiénes son sus proveedores, sus traficantes, dónde guardan y limpian el dinero. Con esos datos podremos acabar con ellos, quedarnos con sus negocios. Puedes nivelarnos con el resto, darnos una ventaja competitiva.

El señor Barrada disfrutaba leyendo los últimos *best sellers* de negocios y adaptándolos a la vida de la mafia.

—Si haces eso por nosotros cuando te lo pidamos, nuestra deuda quedará saldada en los dos próximos años.

Con el miedo calándole los huesos, no tuvo opción a dar una respuesta afirmativa.

La entrevista con Joy Garrison fue igual de difícil. Mientras su agente de protección de testigos contemplaba las pinturas y las etiquetas con sus altos precios, Miles cruzó la galería para seguir a Joy a su despacho en el piso de arriba. Era una mujer pequeña, de cincuenta y tantos años, atractiva, y al principio, al ver sus pantalones anchos y la bisutería de plata y turquesas, pensó que era la típica jipi chiflada de Santa Fe. Sin embargo, en cuanto se sentó frente a ella reconoció en sus ojos una dureza que rivalizaba con la del propio señor Barrada.

Lo estudió durante un largo, agonizante momento. Se obligó a no agitarse en su silla.

—Quieres este trabajo.

—Sí, señora.

—Pero no sabes una mierda de arte, ¿verdad, cariño?

—No mucho, señora. Pero yo... —se interrumpió porque Andy estaba en un rincón con los brazos cruzados.

—¿Qué pasa? ¿Pero tú qué?

—Quise ir a la escuela de arte a aprender fotografía. No tuve ocasión.

—¿Tus padres no lo aprobaban?

—Exactamente, señora. Decían que no malgastarían en eso el dinero.

—Los míos dijeron lo mismo. Tenían razón, no sabía dibujar ni una línea recta. Ser un artista y vender arte son dos disciplinas completamente

distintas. —Se echó a reír—. Ahora esta galería gana el dinero que costea el lujoso asilo de mamá y papá.

—Trabajo duro, señora. Puedo mover las obras, muchas de estas pinturas y esculturas parecen muy pesadas.

—Necesito más sesos que músculo. La agencia de protección de testigos dice que te llevas bien con los ordenadores. Vendo a coleccionistas de todo el país, pero mi página web es una mierda. Necesito una mucho mejor. También necesito ayuda para mejorar el seguimiento de la mercancía.

—Sí, señora, puedo elaborarle una base de datos, crear o gestionar una página web, usar y arreglar sus ordenadores, asegurar los sistemas o lo que necesite. —No quería ver a Andy, así que no levanto la vista de su regazo—. Usted me dice cómo vender arte y yo le venderé arte. Haré lo que necesite.

—Cariño, mírame cuando me hablas.

Levantó la vista.

—Dejaremos lo de las ventas para cuando puedas mirar a la gente a la cara cuando la tengas delante.

Tragó saliva.

—Me parece una buena idea.

—No eres el primer testigo protegido que contrato. Me trajeron a un malversador hace dos años. Lo hizo bien hasta que a los dos meses le robó cinco mil dólares a mi exmarido. —Joy se encogió de hombros—. Mejor a él que a mí.

—Yo no robaré nada.

—Comprendes que soy la única aquí que sabe que eres un testigo. Protección de testigos no me revela tu verdadero nombre o de dónde vienes. Solo tu nuevo nombre y tus antecedentes.

—No tengo antecedentes, señora.

—Por eso te doy el trabajo, cariño.

Respiró por fin.

—Gracias. No se arrepentirá.

La mujer se incorporó hacia delante.

—Imagino que has pasado por un mal trago al tener que renunciar a tu vida. Quiero que sepas, Michael, que puedes confiar en mí. Nadie de esta galería sabrá que estás en el programa de protección de testigos. Nunca traicionaré tu confianza, jamás.

—Gracias. Espero ganarme la suya, señora Garrison.

—Llámame Joy. Empiezas mañana.

Se puso en pie cuando ella lo hizo y estrechó su mano. Los dos meses siguientes disfrutó mucho de su trabajo.

La puerta de la Galería Joy Garrison tintineó cuando la abrió y la cerró. La galería representaba a catorce artistas de reputación creciente entre los coleccionistas. La mayoría de las pinturas y esculturas costaban dos mil dólares o más; Miles deseó haberse podido ganar la vida reflejando calma y belleza en un lienzo. Miles saludó con la cabeza a Joy y a su hijo Cinco al entrar en el despacho trasero donde trabajaban él y el resto de empleados. Su jefa estaba sentada en un mostrador de representante comercial escribiendo algo en un papel adhesivo. Alzó una ceja. Cinco estaba al teléfono con un coleccionista de Nueva York, al que le hablaba de las bondades de una nueva pintura que consideraba que era imprescindible.

—Hoy no te toca trabajar, cariño —dijo Joy.

—No, señora, no me toca. He querido pasarme un par de horas para adelantar trabajo. No tiene que pagarme. —Consiguió mantener una cierta calma en la voz, no le temblaron las manos.

—¿Estás bien, cariño?

—Quiero estar ocupado.

—Bueno, si tienes tantas ganas de ser útil, llama y pregunta cuándo llegará el nuevo ordenador. Ya ves cómo estoy sustituyendo hoy los correos electrónicos. —Le mostró una libreta de papeles adhesivos—. Necesito también un puñado de fotos de las nuevas esculturas de Krause para colgarlas en la web. Luego tendrás que actualizar la página con los nuevos precios.

—No hay problema.

—Me haces parecer vago, Michael —intervino Cinco al colgar el teléfono—. ¿No necesitas días de descanso?

—Me aburro con facilidad.

Dos mujeres amigas de Joy aguardaban en la puerta, cargadas de cafés y cotilleos. Joy se echó a reír y las llamó para que entraran y subieran a su despacho en la parte trasera de la galería. Miles les llevó un cuadro pequeño que Joy quería enseñarles.

Luego bajó al piso inferior, donde dos turistas hojeaban el catálogo. Cinco respondió a sus preguntas sobre una escultura de un carnero

saltando. Miles se sirvió más café y decidió llamar a su agente de protección de testigos para pedir que investigaran a Sorenson antes de unirse al programa de tratamiento que le ofrecía. Al entrar en el despacho trasero se encontró a Blaine el Plasta sentado junto a la mesa, aporreándola con los dedos. Desde la puerta del despacho, Miles miró a Cinco con una patente desesperación reflejada en su rostro. Cinco respondió con una sonrisa que venía a decirle que él estaba con otro cliente, así que hoy le tocaba fastidiarse.

—Hola, señor Blaine.

—No me vengas con holas, Michael. ¿Estáis rotando hoy las pinturas?

—Mañana, señor.

—¿Vais a poner *Emilia de pie al sol* en una esquina perdida? —Su trabajo más reciente, un precioso retrato sombreado de una joven latina, rodeada de altas hierbas, llevaba cuatro meses de un lado a otro de la galería, sin que nadie lo hubiera comprado.

—No, señor, no lo creo.

—Porque si *Emilia* no consigue un puesto de honor en la pared, bueno... —Preparó entonces su amenaza favorita—. Tendré que mostrarlo en otra galería. Tengo ofertas constantemente.

—Si lo hace, nos romperá el corazón, señor Blaine. Le prometo que estamos haciendo todo lo posible para encontrarle el comprador adecuado.

—Solo quiero que se venda, *Emilia* necesita un buen hogar. —Se adivinaba un rastro de desesperación en el tono de su voz.

—No permitiremos que sea una huérfana.

—Bien. Hoy tengo que ir a Marfa. —Marfa era una ciudad en mitad del desierto, en la zona occidental de Texas, renacida gracias a haber sido el lugar donde se rodó la película *Gigante*. Era una especie de hermana pequeña de Santa Fe, una pujante colonia de artistas donde el coste de la vida era menor—. Puede que me mude allí, voy a probar un par de días. Quería asegurarme de que no escondíais a *Emilia* en la parte trasera. ¿Me llamarás si se vende? —Garabateó un número en una nota y se la tendió a Michael.

—Sí, señor.